que Jesucristo se valió al decir con la autoridad de un Señor absoluto que manda, de un Dios que con su palabra obra y crea: *Muger, hé ahí tu hijo; Discípulo, hé ahí tu Madre!*

Esto es como si hubiera dicho: Muger, yo no he acabado de querer lo que quiero eficazmente, cuando ya está hecho. Yo he querido que tú seas la madre de la Iglesia, y que tú, Discípulo fiel, seas el hijo de mi Madre; y ved aquí que mi deseo y mi voluntad se han cumplido aun antes de haberlos manifestado. Tú, muger, solo porque yo lo he dicho, eres ya la madre de la Iglesia, y la Iglesia es ya tu Hija. Solo me resta mostrarte la Iglesia de que te has hecho efectivamente Madre por sola la fuerza de mi voluntad, y hacerte conocer esta Iglesia que por lo mismo se ha hecho tu hija. No fué por consiguiente despues de la muerte de Jesucristo cuando María, conformándose con su voluntad, principió á ser nuestra Madre; ella lo fué verdaderamente desde el instante en que su divino Hijo le dió este cargo de misericordia, esta dignidad tan sublime. El no habia acabado, por decirlo asi, de pronunciar estas misteriosas palabras, cuando María sintió de repente conmoverse sus entrañas, saltar de gozo su espíritu bienaventurado y abrirse su corazon á todo el afecto y á toda la ternura de una madre por la Iglesia. Oirse declarar y serlo, adquirir la investidura de la maternidad y principiar á ejercitarla, recibir este cargo y llenar sus obligaciones, fué para ella obra de un solo instante. (*Vease la nota undécima.*)

CAPITULO XII.

Para conocer mejor y admirar cada vez mas la ternura del amor de Jesucristo respecto á nosotros en esta disposicion de su paternal bondad, examinemos ahora las circunstancias que escogió para llevarla á efecto.

María se halla al pié de la cruz en la actitud sublime y heróica que hemos ya indicado (capítulo I.) Inmóvil en su resignacion y en su éxtasis de dolor, contempla á su amado Hijo cubierto de heridas; ella ve su sangre que mana gota á gota de sus carnes desgarradas, de sus venas abiertas y de sus miembros destrozados; ella le ve pálido, desfigurado, lánguido y próximo á exalar el último suspiro en un mar inmenso de terribles angustias y crueles dolores. Ella oye los sarcasmos crueles, las blasfemias impías y los amargos insultos con que el pueblo judío, poseido de una rabia internal, le ultraja á porfía. Ella ve á este pueblo bárbaro dar señales de una impaciencia furiosa porque Jesus tarda mucho en morir, ó de un gozo feroz cuando le ve espirar. En medio de estos escesos de una barbarie sin ejemplo, oye á su divino Hijo que pareciendo olvidar todo el horror de sus padecimientos y de sus oprobios, pide á su Padre que su sangre sea el rescate de los que la vierten, y que su muerte sea la salvacion de los que se la dan. Ella contempla á este Hijo misericordioso que tiene el corazon abierto y los brazos estendidos hácia ese mismo pueblo que se obstina en despreciarle y en pedir su muerte, y que ha respondido con su orgulloso desden á las tiernas invi-

taciones de amor con que le llamaba á la reconciliacion y al perdon.

María se pasma á la vista de este contraste de una barbarie sin ejemplo y de una caridad sin límites, de un esceso de misericordia y de un esceso de furor infernal, de una superabundancia de clemencia, de compasion y de bondad, opuesta á una superabundancia de injusticia, de malicia y de el crímen mas atroz que se ha cometido jamás debajo del sol. Ella está atónita y fuera de sí misma; todas sus facultades parecen suspendidas á vista del acontecimiento cruel que le arrebata su Hijo; toda su atencion se fija en considerar el prodigio de su dulzura, de su paciencia y de su caridad, cuyo ardor inmenso no puede ser apagado ni disminuido por los torrentes de tantas amarguras, de tantos oprobios y de tantos tormentos, cuya altura sublime, cuya profundidad misteriosa, y cuya estension sin límites, jamás podrá medir el pensamiento. Jamás su Hijo le pareció mas Dios que en este instante en que los hombres le tratan mas indignamente que hubieran tratado á otro hombre, y jamás su Dios le pareció mas digno de amor que en este instante en que es objeto del odio universal. Ella se siente pues atraida á él; su corazon es arrastrado y arrebatado por un Hijo tan grande, y por un Dios tan lleno de amor.

María ama siempre á Jesucristo con un amor tan grande, que todos los trasportes de los ángeles y de los santos reunidos no pueden dar de él ni aun una pequeña idea. Mas este amor tan tierno, tan enérgico y tan fuerte se siente estimulado en este momento; él se imflama mas y mas á vista de una ternura tan grade y de una bondad tan escesiva; él se hace todavia mas tierno, mas enérgico y mas fuerte, y se eleva por decirlo asi, al mas alto grado de potencia. Y sin la reserva que le está prescrita por

la voluntad suprema del Dios á quien ama y por quien se resigna, todos los esfuerzos de los hombres serian vanos para impedir que se arrojase sobre la cruz, se abrazase tiernamente á Jesus crucificado, y se inmolase en compañía del Hombre-Dios, cuyo corazon genoroso, cuya alma sublime y cuya caridad inmensa, conoce entonces mas que nunca.

En aquel momento es cuando el corazon de María enternecido, atormentado y derretido por el amor, no sabe otra cosa que amar; en aquel momento es cuando su bendita alma se entrega á las mas dulces emociones, á los mas tiernos afectos y á los trasportes mas violentos; en aquel mismo momento es cuando Jesucristo la sorprende, por decirlo asi, la espera y la detiene; y destinándola á ser nuestra madre, la obliga á volver hácia nosotros aquel sentimiento de inmensa ternura y de amor vehemente de que ella estaba como poseida y arrebatada por él. Es como si le hubiera dicho: Oh Muger! tu amor te hace sufrir en este momento un dolor inaudito; oh Muger, á quien veo poseida del afecto mas tierno y mas vivo hácia mí! ese sentimiento de amor tan vivo, tan profundo, y tan behemente, que se despierta en tí en este momento, que te penetra y te posee enteramente, debes dirigirlo desde ahora sobre mi Iglesia, sobre mis fieles que estás viendo en la persona de Juan, pues que yo les cedo mi lugar y quiero que los mires como tu hijo único y verdadero, como lo soy yo. Al constituirte su Madre, y al constituirlos tus hijos, sabe que lo hago con las mismas condiciones que me hicieron tu hijo y que te hicieron mi madre, porque yo estoy en ellos y con ellos, y ellos están en mi. Yo te doy sobre ellos los mismos derechos; pero tambien te impongo con respeto á ellos las mismas obligaciones que tienes respecto de mí. En adelante

debes ver en ellos tu Jesus, tu hijo, debes amarlo en ellos, y volver hácia ellos ese amor que me tienes en este momento, porque son tus hijos lo mismo que yo.

Tu no los has engendrado con tu sangre ni llevado en tu seno; las relaciones entre Madre é hijos no existen por consiguiente entre tí y ellos. Mas estas relaciones que no existen, las crea en este momento mi palabra omnipotente; lo que la natuturaleza no ha hecho, lo hace la gracia en un momento. Cuando yo te declaro su madre, lo eres ya verdaderamente, y el misterio de mi amor está consumado.

Quién podrá comprender la impresion que hicieron en María estas misteriosas palabras! Ah! si ellas halagaron sus oidos, cuán eficaces y activas no fueron tambien en su tierno corazon! Ellas se gravaron en él con caracteres indelebles; ellas lo conmovieron estraordinariamente; ellas lo enternecieron, lo ablandaron, lo refundieron por decirlo así, lo recompusieron, y lo reformaron para los afectos y los sentimientos maternales respecto á nosotros; por consiguiente desde aquel instante mismo esperimenta ella ser nuestra verdadera madre, no solo por deber y por eleccion, sino por inclinacion y por amor, como si en aquel momento nos hubiera dado á luz.

Entonces fué cuando ella apareció tal como la describió despues el mismo S. Juan, que en aquel momento misterioso la habia estado considerando, es decir la muger vestida del Sol. Porque asi como en el momento de la Encarnacion, como dice San Bernardo, el sol de justicia, el Verbo eterno habia vestido y cubierto, como una nuve purísima, su carne inmaculada, en el Calvario la penetró tambien este mismo sol, y la vistió con las llamas de su caridad.

Jesucristo en aquellos últimos instantes era todo amor para los hombres, en los que no encontraba mas que odio y furor. Siendo Hombre-Dios, ningun poder mas que su amor podia quitarle la vida; por consiguiente, á medida que el tiempo en que debia morir por nosotros se acercaba, aquel amor se hacia mas intenso y mas vehemente. En sus últimos momentos estaba en su colmo, y habia llegado á tal punto, que su humanidad no podia resistirlo mas sin sucumbir. Al pronunciar estas tiernas palabras que nos dan á María por Madre, el Señor moribundo abre su corazon abrasado y hace salir de él una llama celestial de la mas tierna y mas generosa caridad para con los hombres. Desde lo alto de la cruz desciende esta llama celestial sobre María que estaba á sus pies, y la rodea, la penetra y la posee completamente. Al momento se siente ella poseida de aquel afecto vehemente y de aquellos arrebatos de un generoso amor á los hombres que iban á quitar la vida á su Hijo. No considerando ya la muerte de Jesucristo sino como la prenda de nuestra salvacion, domina y manda su dolor; no solo consiente en que su Hijo muera por fin tan misericordioso, sino que como dice un intérprete, se manifiesta impasiente y arrebatada por un deseo ardiente de morir con él por la salvacion de esos hijos de quienes esperimenta ya ser Madre.

Preciosa fecundidad de los misterios de la cruz! Cuanto mas se sondean con el pensamiento, tanto mas se descubre en ellos un tesoro inagotable de santas reflexiones y de tiernos afectos.

No debemos pues maravillarnos de las espresiones pomposas que usan los Padres para pintarnos la ternura y los arrebatos del amor maternal de María respecto á nosotros, siendo asi que este amor procede de una fuente tan noble y tan augusta, es de-

cir, del amor mismo de Jesucristo para con nosotros, y esto en el momento misterioso é inefable en que el Hombre-Dios agoniza y muere por nosotros. Jamás las tiernas palabras por las que Jesucristo, desde la cruz, nos dió por hijos á María, y nos confió á ella, se borraron de su alma; pero jamás se debilitó tampoco aquel sentimiento enérgico y profundo de amor maternal que la palabra omnipotente del Hombre-Dios imprimió en aquel momento en su corazon; y lo que S. Juan dice de sí mismo, que desde aquel momento consagró á María, como á su madre, todo cuanto poseia, puede entenderse con mucha mas razon de María que desde aquel momento nos admitio igualmente á participar, como hijos suyos, de todo cuanto ella tiene de mas precioso. (*Vease la nota doce.*)

CAPITULO XIII.

Acontece algunas veces entre los hombres, que un hermano mayor encomienda al morir sus hermanos menores huérfanos á la viuda su madre, y esta á aquellos. Pues bien, si Jesucristo nuestro hermano mayor que tanto nos ama, no hubiera hecho con sus tiernas palabras mas que encomendarnos asi á María, esta recomendacion, hecha por tal Hijo á tal Madre en unas circunstancias tales, hubiera sido sin duda mas que suficiente para asegurarnos los cuidados y las ternuras de María. Pero las palabras del Señor no fueron una recomendacion pasagera, sino la espresion de su última voluntad, su testamento, su mandamiento supremo. Ellas fueron un acto solemne, una donacion irrevocable, una disposicion de su Providencia, un nuevo misterio de su amor, una última precaucion del Dios

Salvador. Por esta causa fué por la que, como ya hemos dicho (capitulo IV) Jesucristo llamó entonces á María *muger, y no madre*, queriéndole manifestar que en aquel acto no ablaba como Hijo de María, sino como Redentor del mundo; no como hombre, sino como Dios. Y cómo podria olvidar María una eleccion, una dignidad, un misterio que se le conferia en términos tan enérgicos y tan llenos de autoridad por el Hijo de Dios, espirando en una cruz por la salvacion del mundo? Y no pudiéndola olvidar, cómo podria dejar de ejercer sus funciones, y cumplir sus deberes?

Asi es que aun no habia exhalado su Hijo santísimo el último suspiro en la cruz, cuando María se puso á ejercer el ministerio de una tierna Madra para con la Iglesia, que con tanta solemnidad le habia sido dada por hija. Ved aquí como describe un intérprete tan piadoso como sábio, Cornelio de la Piedra, la solicitud, los cuidados y la ternura maternal de María para con la Iglesia. Esta ilustre Vírgen, dice, fué destinada por Jesucristo en la cruz á ser la Madre especial de los apóstoles y de los fieles, asi como el mismo Jesucristo habia sido su amoroso Padre; á fin de que su mano misericordiosa levantase á los que cayesen, consolase á los afligidos, afirmase á los que vacilaran, aconsejase á los que dudaran y fijase á los que titubearan; y finalmente, para que los dirigiese á todos con su prudencia, los instruyese con sus luces y los animase con su amor. Es indudable que María desempeñó todas estas funciones con respecto á sus nuevos hijos. Ella fué quien reunió los discípulos dispersos y fugitivos desde la prision de Jesucristo; ella fué quien animó el valor de S. Pedro abatido por el recuerdo de la culpa que habia cometido negando á su maestro, y le hizo concebir la esperanza y la seguridad del perdon. Ella fué finalmente quien infundió la calma, la seguridad y la confianza en el corazon de todos los fieles á quienes la

muerte de Jesucristo habia turbado y consternado, y los confirmó en la fé de su próxima resurreccion.

Mas no es esto todo. A medida que crecian los peligros y las necesidades de la Iglesia, se veía crecer el selo y la caridad de esta tierna Madre. El furor de los Judíos se arma con todo el poder de los príncipes, y para destruir la Iglesia en su cuna, aprisionan á los apóstoles y á los discípulos, los azotan cruelmente y los condenan á muerte. El amor maternal de María le hace esperimentar, como si se ejecutasen en ella, todos los tormentos de que es víctima su amada Hija. Todo cuanto sufren los discípulos en su cuerpo, lo siente esta buena Madre en su corazon; el amor reune todas las penas y los tormentos que cada uno sufre particularmente, para hacerlos sufrir á un mismo tiempo á María. Elevándose entonces sobre sí misma, y haciéndose mas fuerte y mas magnánima á medida que padece mas, triunfa de sus penas, anima con sus discursos á los apóstoles, los sostiene con su ejemplo y los enseña á vencer sus propias aflicciones.

Estos son los consuelos, prosigue el mismo autor, estos son los auxilios que Jesucristo quiere asegurar á la Iglesia cuando le dá á María por Madre. El prevee estos resultados cuando llama á María *muger*; que es como si le dijera: Oh Madre! desde este momento sois la muger verdadera, la muger generosa y fuerte, la muger perfecta; vos sereis en lugar mio la base visible, la piedra angular, la columna de mi Iglesia. Vos la sostendreis con la fuerza y el rigor de vuestro ánimo; y esto no solo en los primeros tiempos, sino que durante los siglos que se sucederán hasta el fin del mundo, sereis la defensa y el amparo de esta Iglesia que os doy por hija. Con vuestra constancia y vuestros consejos, vuestra intercesion y vuestras preces reprimireis sus enemigos, discipareis las tempestades que puedan asaltarla y alejareis de ella los peligros y las tentaciones.

María, conformándose á las intenciones de Jesucristo, no olvida en el cielo á los fieles que componen la Iglesia, por la que estuvo en la tierra tan llena de solicitud, de ternura y de amor. Porque Jesucristo no la constituyó Madre de la Iglesia tan solo para aquellos primeros tiempos en que nació y se propagó, sino para siempre y hasta la consumacion de los siglos. Y asi como es cierto, dice S. Bernardo, que María estuvo animada en la tierra de la mas tierna solicitud por la salvacion del mundo; tambien lo es, dice S. German, que nadie en el cielo, escepto Jesucristo, tiene tanto cuidado ni tanta solicitud respecto á nosotros como María.

Pero, qué hace en el cielo esta tierna Madre? Ay! ella hace por nosotros ante Jesucristo lo que el mismo Jesucristo hace ante su Padre. Ella presenta continuamente nuestras oraciones en el trono de la Magestad divina, dice el Beato Raimundo; ella espone nuestras necesidades, porque en cualidad de Madre, es nuestra medianera y nuestra abogada para con su Hijo, asi como este Hijo es nuestro medianero y nuestro abogado para con el Padre; por mejor decir, ella defiende igualmente ante el Padre y ante el Hijo, con un cuidado maternal el gran negocio de nuestra salvacion. Y asi como Jesucristo muestra continuamente sus llagas á su Padre, asi tambien María, para mover á su Hijo á compasion, le recuerda sin cesar el seno que le alimentó.

Y qué estraño es esto? Ella es Madre; esta tierna palabra lo dice todo, lo esplica todo y da derecho á creer que María lo hace todo y lo es todo para nosotros ante su hijo Jesucristo. Será posible, dice Isaias, que una madre olvide á su hijo y que no sienta el mayor interés, la compasion mas viva y el amor mas tierno por el fruto de sus entrañas? Mas aun cuando esto pudiera suceder en el corazon de una madre terrena,

podemos añadir con el mismo profeta, que María no podrá jamás olvidarnos. Y la razon de esto es, dice el devoto Gilberto, que María no es una madre como las demas; sino que es la Madre por escelencia, la Madre perfecta, la Madre modelo, la *Madre de las madres*, asi como la llama la Vírgen de las vírgenes, la Estrella de las estrellas. Es una Madre que Jesucristo nos la dió espresamente para que nos amase, nos consolase y nos defendiese; una Madre que se dá á sí misma el título tan dulce de Madre del bello amor y de la santa esperanza; una Madre que se dá á sí misma este título y forma de él, como dice un padre, un motivo de gloria, para mostrarnos que ella no es otra cosa que amor y ternura para con nosotros, á quienes recibió y aceptó por hijos al pie de la cruz. Ved aqui por qué, sea cualquiera la condicion de nuestra vida y el estado de nuestro corazon, desde el momento en que pertenecemos á la Iglesia somos sus hijos; y estamos ciertos de que el seno de su misericordia está abierto para nosotros, y su mano dispuesta para socorrernos.

Para darnos á conocer, la Escritura que ella es siempre amorosa y tierna para nosotros, sea cualquiera el estado en que nos encontremos, le da tan diversos nombres. Ella la llama la Aurora naciente, la Luna creciente, el Sol que ilumina y fecundiza. En efecto, como dice Inocencio III, María es luna para los que caminan en las tinieblas del pecado; es aurora para los que principian á nacer á la luz de la gracia; y es sol para los que caminan en el medio dia de la santidad y de la virtud. Por esta razon llama la Iglesia la clemente, la piadosa, la dulce Vírgen María; pues, como dice S. Bernardo, ella es clemente para con los hijos que están necesitados, buena para los que le piden, y dulce para los que la aman; clemente para los que entran en los caminos de la penitencia, buena para los

que se dirijen por los caminos de la perfeccion y dulce para las almas elevadas y perfectas; clemente para venir á nuestro socorro, buena para enriquecernos con sus gracias y dulce para darse toda á nosotros. Si ella prefiere alguno de sus hijos, es á los mas miserables, y á los mas infortunados, es decir, á los pecadores, que son los que mas atraen sobre sí sus miradas misericordiosas y escitan su ternura. Ella fué constituida nuestra Madre en el momento en que el mismo Dios daba la prueba mas grande de su misericordia para con los pecadores, en el momento en que moria por ellos. Ella fué nombrada nuestra madre por decirlo asi, en la época de la misericordia, en el templo mismo de la misericordia y del Dios que era entonces con especialidad el Dios de la misericordia y del perdon; por esta razon la Iglesia la saluda y la invoca especialmente como Madre de misericordia y de bondad. Pero, qué significa la palabra *misericordia*? Me parece que es un bello compuesto de tres palabras latinas, cuya significacion es *Corazon entregado á la miseria*; asi como la palabra cadáver está compuesta de tres palabras latinas, cuyo sentido es: Carne entregada á los gusanos. El título pues de *madre de misericordia* bajo el que la Iglesia ha invocado siempre á María, significa una madre cuyo corazon está ocupado, dedicado y consagrado á aliviar las miserias de sus hijos: á una madre que, por mucha que sea su ternura y su amor para con todos sus hijos, siente una compasion mas viva respecto á aquellos cuyas miserias son mayores, forma una de sus ocupaciones, un título de su gloria y un deber de su grandeza en consolarlas y en aliviarlas. Y en efecto, como dice muy bien Ricardo de S. Lorenzo, si María no consagrase todos sus cuidados y toda su solicitud al alivio de los mas miserables de sus hijos, es decir los pecadores, cómo le habia de convenir el título de *Madre de la misericordia*, supuesto que ni se-

ría misericordiosa ni seria Madre? No sería Madre, porque una madre no se endurece por las miserias ni las enfermedades de sus hijos, ni aparta de ellos sus miradas, sino que se enternece tanto mas sobre su suerte, cuanto mas infortunados son y cuanto mayores son sus necesidades. Tampoco seria misericordiosa, supuesto que la miseria, como lo indica su nombre, es el campo donde la misericordia se ejercita, se manifiesta y triunfa, y que donde no hay miseria, no puede ejercerse la misericordia, asi como donde no hay ofensa, tampoco puede ejercerse la clemencia ni el perdon.

Y bien, qué miseria podrá compararse á la del pecador á quien la Escritura Sagrada llama el ser pobre y miserable por escelencia? María por consiguiente no puede desechar al pecador, sin renunciar sus títulos, sin faltar á su carácter y á su dignidad.

Nosotros no podemos, segun el pensamiento del mismo Doctor, presentarnos siquiera á María é invocarla bajo el dulce título de Madre, sin que se acuerde al momento del tiempo, del lugar, del fin y de la persona de quien lo recibió por primera vez. El título de Madre, este nombre tan lleno de dulzura, halaga siempre los oidos, y triunfa siempre del tierno corazon de la muger á quien se dirige. Y cuál es la muger que al oirse llamar *madre* por su hijo, no siente conmoverse su corazon y sus entrañas por un afecto delicioso y tierno? Para María tiene este nombre un atractivo y una fuerza especial. Este nombre le recuerda el Calvario; le recuerda el esceso de caridad para con los pecadores de que Jesucristo le dió allí el espectáculo y el ejemplo. Le recuerda que su hijo moribundo reunió en sus labios, próximos á exhalar el último suspiro, todas las fuerzas que le quedaban, y con una voz salida del fondo de su corazon le dejó á todos los fieles por hijos. Estos tiernos recuerdos conmueven y agitan su corazon y le hacen esperimentar ese sentimiento

de deliciosa ternura y de amor generoso, que ella esperimentó entonces. Ella siente conmoverse sus entrañas sobre nosotros, como los hijos que adquirió en el momento misterioso de su dolor. Y cuando nos vé reunidos en torno suyo, invocándola con este nombre lleno de dulzura: Ay! se dice así misma en los trasportes de su emocion y de su misericordia; estos son mis hijos, estos son los hijos que mi Hijo y mi Señor me dió y me confió antes de morir en la cruz; yo los reconozco en el carácter de cristianos, en el sello del bautismo y en las huellas de la Sangre divina que los ha lavado. Sí, estos son mis hijos, y yo no puedo reusarles ese amor y esa ternura que Jesus al dármelos, me impuso, y de que yo al aceptarlos, me formé un título de gloria.

No podemos pues dudar que María está siempre pronta para acoger nuestras súplicas con bondad, para escucharlas con paciencia, para hacerlas eficaces y secundarlas con amor, y que está siempre dispuesta á mostrarse con nosotros la mas tierna de las madres, con tal que recurramos á ella con la confianza propia de unos hijos afectuosos. (*Vease la nota trece.*)

CAPITULO XIV.

La declaracion solemne hecha por Jesucristo en la cruz, que hemos esplicado en este libro, contiene dos partes. Por la primera estableció el Salvador á María Madre de la Iglesia; por la segunda estableció á la Iglesia, y por consiguiente á todos los fieles, hijos de María. Y supuesto que las dos partes de esta amorosa declaracion fueron pronunciadas en el mismo tiempo, en el mismo lugar y por la misma persona, y que las dos forman uno de los mas preciosos é importantes ar-